

Viticultura y mercado en el Perú colonial: Arequipa 1770-1850

Por Carlos BULLER*

[V]iñas no hay pocas en los términos de sant Miguel, Trugillo, y los Reyes: y en las ciudades del Cuzco y Guamanga, y en otras de la serranía comiença ya a las auer: y se tiene por grande esperança de hazer buenos vinos.

Pedro Cieza de León, Crónica del Perú

DURANTE EL PERIODO COLONIAL la viticultura fue una de las actividades más importantes de la agricultura peruana. En el caso de Arequipa,¹ este sector llegó a ser la columna vertebral de su economía y le permitió insertarse de manera funcional en el mercado del sur andino, dinámico espacio de intercambios constituido muy tempranamente en torno de la demanda minera del Alto Perú.

La viticultura andina nació prácticamente con la conquista. La *Crónica del Perú*, de donde se rescata el testimonio que abre este artículo, fue publicada en Sevilla hacia 1553 y es uno de los relatos más antiguos que existen sobre el Perú colonial.² La escribió un cronista soldado que viajó por todo el territorio andino observando y preguntando sobre la historia de esta tierra, su geografía, las costumbres de su gente y su religión etc. Así completó una obra que abarca varios volúmenes.³ La cita en cuestión proviene de la primera parte de este monumental trabajo y nos da cuenta de cómo los colonos españoles se dieron a la tarea de sembrar viñas para la

* Ministro consejero en el servicio diplomático de Perú; subdirector de Asuntos Ambientales Globales de la Cancillería peruana; e-mail: <carlos.buller@gmail.com>.

¹ Arequipa es actualmente la segunda ciudad de Perú en importancia. Fue fundada en 1540 para servir como punto intermedio entre la costa y la sierra. Su estratégica ubicación, a la que se añade la fertilidad de su campiña y la de los numerosos valles de su entorno, le permitió constituirse rápidamente en un nodo comercial y un eficiente abastecedor de productos agrícolas en el sur andino.

² Pedro Cieza de León, *Crónica del Perú: primera parte* (1553), Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 1984, pp. 297-298.

³ “Cieza fue el primer historiador en escribir una historia global de los Andes hasta sus días”, Franklin Pease, *Las crónicas y los Andes*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú/FCE, 1995, p. 191.

producción de vino casi desde el primer momento de su llegada a los Andes.

Poco después, en el año de 1560, Reginaldo Lizárraga, un sacerdote dominico, realizó también detallada descripción de Perú. En este caso, su testimonio revela la existencia de cultivos de vid prácticamente en todos los valles de la costa al sur del río Santa, al norte de Lima, y subraya que en el valle de Vítor, a cincuenta kilómetros de la entonces recién fundada ciudad de Arequipa, “cogen mucho vino y muy bueno, que se lleva al Cuzco, 65 leguas, y a Potosí, más de 140, y se provee todo el Collao”.⁴

Esta observación nos permite constatar que la viticultura de Arequipa tuvo en su origen una marcada vocación comercial, lo que va de la mano con la función que ejerció esta ciudad como punto medio entre la costa y la sierra, situación que explica su temprana fundación en 1540.

Interesa constatar además la temprana constitución de la red comercial que hizo posible el traslado de la bebida a plazas distantes. Se sabe que esta estructura de intercambios surgió gracias a la demanda de las minas —especialmente luego del descubrimiento, en 1545, del fabuloso yacimiento de Potosí—, y que luego alcanzó niveles complejos de interacción, diversificó sectores productivos e integró prácticas modernas con tradicionales, en una dinámica que comprometió distintos marcos espaciales en el ámbito de lo local y regional y que llegó a tener proyecciones hacia lo global.

En torno de estos elementos se desarrollará el presente artículo, con base en la hipótesis de que la viticultura arequipeña y el mercado andino colonial se encuentran íntimamente ligados. Esta circunstancia podría resultar fundamental para ampliar nuestra comprensión con respecto a la naturaleza de la economía colonial en Perú, que no estuvo, como pareciera, limitada a una tosca y elemental extracción de minerales. El estudio de la viticultura arequipeña nos sirve, por lo tanto, como una ventana por la cual asomarnos a esta poco visible complejidad.

Los albores de la viticultura en Perú

EL consumo de vino formaba parte esencial no sólo de la dieta de los españoles, sino también de la misa, principal ritual religioso

⁴ Reginaldo de Lizárraga, *Descripción del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile*, Madrid, Dastin, 2002, pp. 140-141.

celebrado, si era posible, diariamente y en todo lugar. Resulta pertinente recordar que la expansión conquistadora se justificó y se hizo moralmente legítima a los ojos de sus promotores y actores en el trasfondo evangélico con el que se maquilló la empresa. Consecuentemente, para los conquistadores fue imprescindible tener a mano una provisión continua y abundante de vino.

No obstante, para llegar a Perú, la bebida debía hacer un viaje de varios meses, atravesar el Atlántico hasta llegar a Porto Bello, donde era transportada a lomo de bestia para cruzar la tupida, húmeda y montañosa selva panameña hasta alcanzar la costa del Pacífico. La carga se remitía entonces al Callao, puerto de la ciudad de Lima, desde donde se distribuía por los Andes a cualquier parte donde hubiera un español, a veces más de mil kilómetros de distancia montañas adentro. De este modo, una botija de vino español puesta en el Cuzco podía demorar un año en llegar a su destino y valer auténticas fortunas. No son pocos los testimonios de esta situación: el Inca Garcilaso de la Vega afirma haber visto vender en el Cuzco una arroba de vino en 500 ducados.⁵ No debería entonces sorprendernos que, como dice Cieza de León, en los primeros años después de la invasión se hayan plantado viñas casi en todas partes, en un febril intento por superar la absurda situación de abastecerse de vino en España.

Estas circunstancias, sumadas a las dificultades propias del territorio, hicieron del cultivo de la vid una empresa riesgosa, y es muy probable que la mayor parte de estos intentos haya fracasado. De hecho, la temprana referencia de Cieza de León hace alusión a lugares donde la viticultura no llegó a prosperar, al menos de forma intensiva; no nos dice nada de los parajes donde sí lo hizo.

Los principales espacios productores de vid en el Perú colonial fueron los valles de la costa al sur de Lima. Se trata de angostas franjas de verdor que cortan el árido desierto costero del litoral peruano, siguiendo el curso de los torrentosos ríos que bajan de los Andes hacia el mar. Son terrenos aluviales muy ricos y fértiles que dependen exclusivamente de la humedad del río ya que

⁵ Inca Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los incas* (1609), Lima, FCE, 1991, pp. 617-618. Una botija era un contenedor de arcilla cuya capacidad podía variar entre dos y seis arrobas, y se sabe que un ducado es una pieza de oro de aproximadamente tres gramos. Hablar de 500 ducados es referirse, por lo tanto, a algo así como un kilo y medio de oro. Podría tratarse de una exageración, no obstante, el dato que proporciona Garcilaso es contundentemente revelador de que los precios del vino en los primeros años de la Colonia andaban por las nubes.

prácticamente en la costa no llueve; es por ello que desde tiempos precolombinos fue necesaria la realización de importantes obras hidráulicas.

No puede decirse sin embargo que cualquiera habría podido iniciarse en este negocio. En los albores de la viticultura en Perú, la parte más fácil para este tipo de emprendimientos era la obtención de tierras que, a mediados del siglo XVI, podían adquirirse del Cabildo a precios bastante razonables ya que muchas se iban “liberando” a medida que la población nativa decrecía.⁶ El problema empezaba a la hora de nivelarlas y adaptarlas para el cultivo, entre otros acondicionamientos que incluían la construcción de indispensables canales de regadío y muros contra la erosión. Además, debido a la escasez de mano de obra indígena, muy pronto se hizo necesaria la contratación de asalariados y el trabajo de esclavos. Consecuentemente, sólo para poner en condiciones productivas el terreno ya era necesario contar con un importante capital. Igualmente, muchas veces fue imperiosa la contratación de especialistas que controlaran y supervisaran los procesos productivos, así como la provisión de insumos que no necesariamente se encontraban disponibles en las cercanías.⁷

Cabe preguntarse aquí si la demanda de unos cuantos miles de españoles dispersos en un espacio tan vasto y difícil como los Andes bastaba para justificar una producción intensiva de vino en un periodo tan temprano como 1560, especialmente teniendo en cuenta lo que costaba poner un viñedo en estado de producción. Seguramente un esfuerzo de este tipo debió valer la pena.

*Factores para el desarrollo
de la viticultura arequipeña*

EL caso de Potosí nos explica esta situación. Inmediatamente después de su descubrimiento en 1545, el que pronto sería conocido como el “cerro rico” de Potosí atrajo a decenas de empresarios mineros, encomenderos, comerciantes y aventureros que se dedica-

⁶ La contracción demográfica fue particularmente severa en la costa sur de Perú. Mientras en las zonas del Cuzco y Chucuito la población local disminuyó a una tasa de -1.1% anual, en la costa sur el declive fue de -3.8%, véase Noble David Cook, *Demographic collapse: Indian Peru, 1520-1620*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981, pp. 165-166.

⁷ Keith Davies, *Landowners in colonial Peru*, Austin, University of Texas, 1984, pp. 58-59.

ron a extraer la plata como si se tratara de recoger frutos maduros de un árbol. Pronto se formó una ciudad en las faldas del cerro, o mejor dicho, un desmesurado y vertiginosamente creciente conglomerado de talleres y fundiciones que trabajaba día y noche, cuyos fantasmales resplandores podían verse desde lejos, que empezó a albergar a decenas de miles de trabajadores y a grandes cantidades de población flotante.⁸

Sin embargo, al estar ubicado a cuatro mil metros de altura, este activo centro poblado requería virtualmente de todo para su subsistencia, de modo que pronto se estableció una red de abastecimientos que comprometió a todas las regiones adyacentes, incluso a cientos de kilómetros de distancia. De hecho, no hay forma de que la actividad minera en Potosí —y la de los demás centro mineros del Alto Perú— hubiera alcanzado viabilidad sin contar con este abastecimiento.

Como hemos mencionado, los viñedos empezaron a levantarse años antes del descubrimiento de las grandes minas de plata del Alto Perú. En estas circunstancias, el surgimiento de polos de demanda como Potosí aceleró los intercambios y articuló los espacios productivos, lo que hizo posible que la viticultura arequipeña, al igual que otros productos regionales, adquiriera un carácter intensivo.⁹ De este modo, si bien no puede afirmarse que la minería haya inducido la emergencia de la viticultura, debe reconocerse que su función fue catapultar la demanda y motivar la especialización productiva de los valles arequipeños.

También debe considerarse la diversificación del consumo, que progresivamente fue incorporando a los indios. En los inicios de la minería colonial, los trabajadores empleaban la hoja de coca como estimulante, pero también como componente de sus rituales

⁸ Los datos son obviamente imprecisos, pero se dice que hacia 1573 Potosí llegó a albergar más de 150 000 habitantes y que llegó a superar los 160 000 en 1610, Carlo María Cipolla, *La odisea de la plata española*, Barcelona, Crítica, 1999, p. 21.

⁹ Carlos Sempat Assadourian, *El sistema de la economía colonial: mercado interno, regiones y espacio económico*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1982. La propuesta mantiene vigencia: “las minas iban estructurando a su alrededor círculos de aprovisionamiento mercantil —desde los más próximos de alimentos perecederos (frutas, legumbres, leche) o de gran volumen (como los cereales), hasta los más lejanos, productos ‘exóticos’ y ganado— que corresponden al sistema conocido como ‘círculos de Von Thünen’ [...] Gracias a esta especialización mercantil en uno o dos productos comercializables principales, las economías regionales accedían a una parte de la producción de plata y podían utilizarla en sus intercambios con otras regiones”, Juan Carlos Garavaglia y Juan Marchena, *América Latina de los orígenes a la independencia*, 1. *América precolombina y la consolidación del espacio colonial*, Barcelona, Crítica, 2005, p. 258.

religiosos tradicionales —usaban la “hoja sagrada” para realizar ofrendas antes de iniciar su extremadamente duro y temible trabajo. Con el tiempo, según demostró Thierry Saignes, la coca fue compartiendo este lugar con el vino, bebida que empezó a cumplir esta doble función de estimulante y de insumo ritual, lo que no resulta nada extraño si se considera que para los españoles tenía la misma importancia en ambos sentidos.¹⁰

El auge minero del siglo xvi alentó la viticultura en el Perú colonial temprano, fundamentalmente en Arequipa, punto intermedio en la articulación de los circuitos comerciales de larga distancia del sur andino. Conviene echarle un vistazo. Este auge atravesó por dos ciclos bastante claros. El primero abarca el periodo que va del descubrimiento de Potosí en 1545 a las reformas toledanas de la década de 1570, y se caracterizó por una extracción concentrada en vetas superficiales y por la utilización de métodos tradicionales (la *guaira*). El segundo ciclo corresponde al *boom* de la minería altoperuana, precipitado por una crucial innovación tecnológica y por un sólido paquete de facilidades y subsidios. En efecto, a partir de 1573, el virrey Francisco de Toledo implementó el método “de patio” que, como se sabe, utiliza las propiedades del mercurio para amalgamarse con la plata y así desprenderla con facilidad de los minerales extraídos de las excavaciones, lo que permite la obtención de plata limpia prácticamente de cualquier muestra que la contenga, aun en proporciones ínfimas.¹¹ Al mismo tiempo se organizó el abastecimiento de mercurio —su adquisición fue subsidiada— y se estableció el sistema de *mita* para garantizar un abastecimiento constante y fluido de trabajo forzado, formas de subsidio desconocidas en otras latitudes.¹²

¹⁰ Thierry Saignes, “Capoche, Potosí y la coca: el consumo popular de estimulantes en el siglo xvii”, *Revista de Indias* (Madrid), vol. XLVIII, núm. 182-183 (1988), pp. 225-230. Incluso en nuestros días, el vino sigue presente en los rituales tradicionales andinos sobrevivientes.

¹¹ Carmen Salazar-Soler, “Minería y moneda en la época colonial temprana”, en Carlos Contreras, ed., *Compendio de historia económica del Perú, 2. Economía del período colonial temprano*, Lima, IEP, 2009, pp. 126-144.

¹² El descubrimiento de las minas de mercurio en Huancavelica en 1564 fue providencial, pues reemplazó costosas y complicadas importaciones desde Almadén e Idra, en Europa. Respecto a la *mita*, se trata de un sistema tradicional andino de tributo en trabajo, que las comunidades realizaban por turnos a favor del Estado, adaptado por los españoles para proveer de fuerza de trabajo a costos mínimos al sector minero, entre otros. Fue el más importante subsidio laboral en el Perú colonial, véase *ibid.*, pp. 146-162.

Conforme a las evidencias disponibles, la viticultura arequipeña se inició en la década de 1540 y hacia 1600 alcanzó una producción de 200 000 botijas.¹³ La correspondencia de esta expansión con el auge minero es más que evidente.

*Viabilidad y fortaleza
de la viticultura arequipeña*

LA demanda de las minas no sólo precipitó la expansión de la viticultura, sino que al mismo tiempo le otorgó una extraordinaria fortaleza. Para demostrarlo podemos referirnos a la erupción del volcán Huaynaputina en febrero de 1600, que se tradujo en una auténtica catástrofe para toda la costa sur de Perú. En dicha ocasión, toda la región quedó devastada por la lluvia de cenizas que hundió techos en la propia ciudad de Arequipa, destruyó cultivos a decenas de kilómetros a la redonda, colmató acequias y ocasionó un embalse descomunal en las cabeceras del río Tambo, que luego colapsó inundando todo este magnífico valle.¹⁴

No cuesta mucho imaginar la magnitud de la calamidad que este tipo de fenómenos naturales puede llegar a causar en las haciendas vitícolas: cultivos aplastados, bodegas devastadas, acequias y canales destruidos, tinajas y botijas hechas pedazos, producción almacenada perdida, terrenos desnivelados etc.¹⁵ Esto sin contar las pérdidas financieras y los compromisos incumplidos. Un escenario de pesadilla para una industria en formación.

Pero la viticultura arequipeña se recuperó más rápido de lo que se pensaba. Hasta hace poco se creía que la situación de crisis que venimos de describir sumió al sector en un pesado aletargamiento a lo largo de todo el siglo XVII. Esto, sin embargo, es ver el vaso medio vacío en lugar de apreciarlo medio lleno. Los datos correspondientes al siglo XVII son escasos y desalentadoramente dispersos, y como quiera que algunos de ellos revelan niveles de producción pobres, no resulta descabellado pensar en una crisis. No obstante, existen evidencias de

¹³ Kendall W. Brown, *Bourbon and Brandy: imperial reform in eighteenth-century Arequipa*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1986, p. 41.

¹⁴ Para mayores detalles respecto a éstos y otros eventos del mismo tipo, véase Lizardo Seiner Lizárraga, *Historia de los sismos en el Perú. Catálogo: siglos XV-XVII*, Lima, Universidad de Lima, 2009.

¹⁵ Se calcula que de las 200 mil botijas producidas antes de todo esto, la producción de vino en Arequipa se redujo a 10 mil, véase Brown, *Bourbon and Brandy* [n. 13]. La botija de Vitor contenía dos arrobas, es decir, unos 22 litros.

que en el valle de Vítor, el más cercano a la ciudad de Arequipa, la producción de vino llegó a ochenta mil botijas hacia 1630, un nivel productivo similar al del periodo previo a la catástrofe.¹⁶

Independientemente de la volatilidad de las capacidades productivas de la agricultura colonial, es preciso reconocer que algo así sería imposible sin una reconstrucción en regla, no sólo de la infraestructura desbaratada, sino de toda la armazón logística, financiera, productiva y comercial que hacía viable a la viticultura en esta región.

Un resurgimiento de este tipo podría encontrar su explicación en el marco sistémico en el que se inscribe. Como se ha dicho, la minería no sólo era la variable articuladora del espacio andino con corrientes históricas de alcance global, sino también el sector que arrastró tras de sí a las actividades productivas regionales del sur andino, incluyendo Arequipa; y, precisamente, el periodo que va de 1600 a 1630 corresponde al mayor auge extractivo de la minería en el Perú colonial. Entonces, si la constitución original de la viticultura arequipeña como actividad productiva intensiva está vinculada funcionalmente con el primer auge minero, ¿por qué tendría que estar desvinculada de su periodo de máxima expansión? La información que revela que el valle de Vítor alcanzó hacia 1630 niveles productivos similares a los alcanzados antes de la crisis del cambio de 1600 es una evidencia convincente de que la ecuación sistémica que permitió en un primer momento la articulación de los valles arequipeños al circuito mercantil del sur andino fue la que alentó la recuperación de su viticultura después de 1600.

Podemos entonces concluir que la viabilidad y fortaleza de la viticultura arequipeña es tributaria de la demanda y de la salud del mercado andino colonial.

*El mercado colonial,
más andino que europeo*

EL mercado andino colonial resulta ser, a la larga, la variable explicativa fundamental de la viabilidad y fortaleza de la viticultura

¹⁶ Durante mucho tiempo se habló también de una profunda crisis colonial en el siglo xvii, con base en el declive de Potosí, pero se viene observando que no fue así. Hubo, sí, un decaimiento del célebre centro minero, pero se descubrieron muchos otros en el área andina. En el caso de la viticultura arequipeña se adujo, además, que fue desplazada del mercado por la producción de los valles de Ica, Pisco y Nazca, al sur de Lima, *ibid.*, pp. 42-43.

arequipeña, como acabamos de señalar. Pero cualquiera podría poner en tela de juicio esta hipótesis en razón de las deficiencias estructurales y funcionales de este espacio de intercambios. En efecto, estamos ante una estructura de relaciones económicas en la que prácticamente no existía circulante y que coexistía con una economía natural basada en el trueque, cuyas prácticas eran, por lo demás, dominantes en gran parte de los espacios locales y omnipresentes en los demás. Esto, sin contar con otros factores nocivos como la corrupción, el clientelismo, el incumplimiento de las normas, la evasión sistemática de impuestos etcétera.¹⁷

Pero el hecho es que el amplio y extraordinariamente difícil territorio andino fue el escenario en el que se llevaron a cabo —de manera eficiente y oportuna, y a lo largo de siglos— intensos intercambios de bienes, servicios y personas, haciendo posible no sólo la existencia, viabilidad y prosperidad de minas y ciudades, la especialización productiva regional y una tupida red de relaciones comerciales en la escala local, sino también la articulación sistémica de estos territorios con las corrientes del contrabando articuladas a su vez a intereses de alcance global.¹⁸

Resulta difícil explicar y comprender cómo se implementaron los mecanismos del mercado en el territorio de una civilización que desconocía el uso de la moneda y no tenía idea cabal del lucro y la ganancia. Es decir: ¿cómo es así que en el lapso de un par de décadas —lo que en términos históricos equivale a decir de la noche a la mañana— pudo articularse un sistema de intercambio eficiente para el abastecimiento, viabilidad y prosperidad tanto de los colonos españoles como de un sector de la economía tan complejo y demandante como el de la minería en un territorio como el de los Andes?

Es posible que nunca logremos dar respuesta a este interrogante, salvo que cambiemos nuestras premisas y, consecuentemente, la pregunta. En efecto, resulta muy interesante el conjunto de posibilidades que se abre si invertimos la ecuación y no vamos detrás de saber cómo se impusieron las estructuras mercantiles modernas

¹⁷ Este conjunto de restricciones es esquematizado por Carlos Contreras, “Introducción”, en *id.*, ed., *Compendio de historia económica del Perú*, 2. *Economía del período colonial temprano* [n. 11].

¹⁸ Para darse cuenta de las dimensiones espaciales del mercado andino colonial basta con recordar que el abastecimiento de Potosí convocaba a productos provenientes de Quito, Lima, Huamanga, Cuzco, Arequipa, Chile, Salta, Paraguay y Buenos Aires, entre otros.

sobre las estructuras económicas tradicionales andinas sino, más bien, de cómo estas últimas se adaptaron ante los retos de la invasión europea y llegaron a influir y modificar a aquéllas. Si insistimos en buscar un mercado de intercambios similar al de los europeos, encontraremos estructuras e instituciones degradadas, incompletas, limitadas, ineficientes y corrompidas; pero si prestamos atención a las estructuras e instituciones tradicionales andinas y observamos cómo evolucionaron con la conquista, incorporando y adaptando estructuras foráneas, incluso asimilándolas, podríamos estar ante una construcción histórica formidable.

Por ello, es preciso recordar que los mecanismos andinos tradicionales de intercambio de bienes y de movilidad de la población fueron los factores clave de la supervivencia y el desarrollo de lo que es considerado como uno de los focos matrices de la civilización en la escala planetaria. Me explico: dada la extraordinaria diversidad natural, geográfica y ecológica de los Andes, que varía dramáticamente de un punto a otro, no es posible obtener en el plano local lo mínimo que se requiere para la supervivencia humana. Estamos ante un territorio fracturado, agreste y vertical, donde lo que se cultiva en un lugar no brota un poco más allá, un poco más abajo o un poco más arriba. Las evidencias de que los pobladores andinos tuvieron que ocupar distintos pisos ecológicos para satisfacer sus necesidades y establecer archipiélagos de colonias a decenas de kilómetros alrededor de su “base” se remontan a miles de años.¹⁹ Estas colonias se integraban en un complejo sistema de intercambio intraétnico que a la llegada de los españoles involucraba grupos humanos de hasta cientos de miles de individuos y que implicaba una movilización intensiva y constante de la población. De hecho, existen abundantes evidencias arqueológicas de estos intercambios desde los orígenes de la civilización andina, en ellos intervenían diversos productos, algunos de los cuales sólo podían encontrarse en la selva amazónica o en el Golfo de Guayaquil.²⁰

¹⁹ John V. Murra, “El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas”, en *id.*, *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1975.

²⁰ Véase Julián I. Santillana, “Economía prehispánica en el área andina (período intermedio temprano, horizonte medio y período intermedio tardío)”, en Carlos Contreras, ed., *Compendio de Historia Económica del Perú*, 1. *Economía prehispánica*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 2008. Las evidencias más antiguas de intercambios de este tipo podrían remontarse a cinco mil años, como se ha visto en Caral, según me lo hizo saber Ruth Shady en comunicación personal.

De este modo, si partimos del hecho de que la civilización andina logró desarrollar mecanismos altamente eficaces de movilidad poblacional adaptados a su peculiar medio, así como capacidades para el intercambio a larga distancia, resulta menos sorprendente que a inicios del periodo colonial se haya logrado articular un sistema de abastecimiento de minas y ciudades en tan poco tiempo. En lugar de pensar que los españoles establecieron en los Andes un sistema de mercado que se impuso sobre las estructuras tradicionales, convendría poner énfasis en cómo los mecanismos andinos de movilidad e intercambio —al igual que muchas de las instituciones y prácticas— se adaptaron y evolucionaron, haciendo posible la conformación de un mercado mestizo, que a la larga resultará más andino que europeo. Sólo así tendrá sentido su existencia y desarrollo a lo largo de siglos en circunstancias que en otras latitudes hubieran sido fatales para la estabilidad del sistema económico en su conjunto.

Movilidad e intercambios regionales

EN los Andes la gente estuvo siempre en constante desplazamiento, y esto no cambió después de la conquista. Todo lo contrario. Esta movilidad sirvió para sentar las bases del mercado andino colonial, que con el tiempo adquirió mayor complejidad. De hecho, ya en la segunda mitad del siglo XVI estamos ante una formación económica compleja, que alentó una división espacial del trabajo y la consecuente especialización regional. En efecto, así como los más importantes valles de Arequipa se especializaron en la elaboración de vino, otras regiones asumieron la tarea del abastecimiento de maderas, coca, textiles, alimentos, entre otros productos, además del abastecimiento de mano de obra y servicios, estos últimos tan necesarios: el arrieraje, el mantenimiento de caminos y posadas (que no serían otros que los *tambos* andinos) etcétera.²¹

²¹ Luis Miguel Glave sostiene que apenas diez años después de la llegada de los españoles el “sistema estatal [inca] de comunicaciones estaba destruido” y que sólo entonces “el incipiente Estado colonial comenzó a incorporarlo dentro de su administración”, *id.*, *Trajinantes: caminos indígenas en la sociedad colonial siglos XVI-XVII*, Lima, Instituto de Apoyo Agrario, 1989, p. 119. Es posible que la destrucción del orden imperial inca haya llevado al abandono de la infraestructura física y organizativa de esta red de caminos, y a un inevitable deterioro, pero su rehabilitación, de la que Glave da abundantes muestras, no habría sido una “incorporación” planificada por aquel incipiente Estado colonial, a esas alturas virtualmente inexistente, sino una adaptación “desde adentro” frente a los requerimientos de los invasores.

Una vez más el caso de Potosí es revelador de la importancia y dimensión de este mercado. Un documento de 1603 presentado por el historiador argentino Carlos Assadourian indica que apenas 9.5% del consumo total de Potosí provenía de las importaciones de fuera del espacio colonial, y que de esta porción, tan sólo una pequeña parte correspondía al rubro “medios de producción”. Podemos deducir, por lo tanto, que en los tiempos de mayor auge minero del Perú colonial las importaciones que se ofrecían en la plaza potosina no eran determinantes para el sector y se trataba en su mayor parte de artículos de consumo para los españoles. El resto, lo que alimentaba a la población —que por entonces pasaba los cien mil habitantes— y hacía posible las diversas tareas de explotación y extracción de la plata, tenía su origen en el espacio andino.²²

La estructura de la demanda de Potosí no varió gran cosa con el tiempo. Es lo que revelan sus aduanas, que han sido estudiadas en más de una ocasión. Juan Carlos Garavaglia, por ejemplo, observa que a fines del siglo XVIII 76% de los productos ingresados a Potosí tenían su origen en el mercado andino.²³ Una situación bastante similar es la que encuentra Enrique Tandeter, quien afirma que la proporción del abastecimiento a cargo de este mercado llegaba a 80%.²⁴ La evidencia es contundente y revela que la composición de las compras potosinas fue virtualmente la misma a lo largo de todo el periodo colonial, especialmente si consideramos que a fines del siglo XVIII el mercurio debía importarse de Europa, pues a esas alturas las minas de Huancavelica no producían suficiente azogue para satisfacer la demanda del sector minero.

Las aduanas de Potosí nos permiten también descomponer la demanda de productos locales. Tandeter revela que de la masa de productos que ingresaban a la plaza potosina pagando la alcabala, La Paz aportaba 30.6%, Arequipa 29.4% y Cuzco 16.6%. Pero estas cifras no resultan muy representativas pues gran parte de la masa de comercio incluye productos exonerados de este impuesto, como el caso de casi todos los alimentos que tenían su origen en las

²² Heraclio Bonilla, “El rol histórico de Potosí en los sistemas de intercambio”, en *id.*, *El futuro del pasado: las coordenadas de la configuración en los Andes*, Lima, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2005, p. 508.

²³ Juan Carlos Garavaglia, “El mercado interno colonial a fines del siglo XVIII: México y el Perú”, en Heraclio Bonilla, ed., *El sistema colonial en la América española*, Barcelona, Crítica, 1991, pp. 221-225.

²⁴ Enrique Tandeter, Vilma Milletich y Roberto Schmit, “Flujos mercantiles en el Potosí tardío”, *Anuario del IEHS* (Tandil), núm. 9 (1994), p. 102.

comarcas de las cercanías. Al ampliar la muestra a todo el universo se tiene que, entre 1780 y 1810, Charcas aportaba 58.9% del tráfico a Potosí, Buenos Aires y el Río de la Plata 25.9%, Arequipa 6%, La Paz 5.9% y Cuzco 3.2%.²⁵

Las guías de la aduana de Potosí que hemos tenido a la vista nos muestran que los valles de Chulumani y Challapata, en las provincias de La Paz y Oruro, respectivamente, aportaban coca; entre las telas, La Paz aportaba igualmente bayetas de chorrillos; otras se importaban de Cochabamba, de donde llegaba también to-cuyo y tejidos de algodón; bayetas, frazadillas y ponchos venían de Puno; el Cuzco remitía ropa de obraje; ocasionalmente se observa algún envío de paños de Quito y ponchos de Guayaquil. Cuzco aportaba también azúcar; el ají llegaba de los valles de Palpa, en Ica, y de Azapa, en el partido de Arica, de donde también venían aceitunas; de Atacama se importaba pescado salado y cobre; Santa Cruz proveía arroz. Llegaba igualmente jabón de Tucumán, cera de Chiquitos, ponchos y carpas de Santiago del Estero, cebo de Jujuy y yerba de Paraguay.²⁶

En lo que concierne a Arequipa, 87% de sus ventas a Potosí estaba compuesto por aguardiente de uva y 4% por vino.²⁷ Las guías muestran además que entre 1779 y 1802 el principal abastecedor de aguardiente en el mercado de Potosí era el valle de Moquegua, que aporta un contundente 82% del total, seguido por Tacna con 15%. El vecino valle de Cinti, en la provincia de Chuquisaca, también aportaba la bebida, pero sólo 1%. Una que otra boleta señala, esporádicamente, a Vítor, Sihuas o simplemente Arequipa, como origen de los embarques. En suma, la región de Arequipa era responsable de cerca de 99% del aguardiente que se bebía en Potosí hacia fines del siglo XVIII.²⁸

Producción vinícola y especialización regional

DIVERSOS estudios han demostrado, con base en evidencias similares, que la agricultura arequipeña se especializó en vino, pero

²⁵ *Ibid.*, pp. 108-113.

²⁶ Carlos Buller, *Vinos, aguardiente y mercado: auge y declive de la economía del vino en los valles de Arequipa (1770-1850)*, Lima, Quellca, 2011, pp. 259-260.

²⁷ Tandeter, Milletich y Schmit, "Flujos mercantiles en el Potosí tardío" [n. 24], p. 118.

²⁸ Buller, *Vinos, aguardiente y mercado* [n. 26], pp. 260-262.

no ha sido hasta hace muy poco que se establecieron cantidades precisas de producción y el grado de esta especialización. Los registros del diezmo permiten esta nueva aproximación, gracias a que se ha conservado la información con la que la Iglesia calculaba el monto que cada uno de los hacendados debía pagar por la cantidad de vino producida en un año.²⁹

Este paquete documental hizo posible un manejo inusualmente seguro de la data del diezmo y nos previene de las trampas que encierra para el investigador esta valiosa pero muchas veces imprecisa fuente de información que nos permitió reconstruir la curva de la producción de vino y determinar el grado de especialización de los tres más importantes valles de Arequipa entre 1770 y 1853.

En dicha curva se observa en forma clara un ciclo de auge y declive de larga duración, además de fluctuaciones cortas de crisis y recuperación (véanse gráficos 1 y 2). La producción de vino en los valles de Vítor, Majes y Moquegua registra —por encima de las fluctuaciones cortas y eventuales diferencias entre sí— un auge sostenido entre el inicio de la muestra, en 1770, y 1816, año en el que alcanza su cúspide. Luego se observa una severa contracción hasta el final de la muestra, de alrededor de 76%.

Las cantidades extrapoladas de la data del diezmo son impresionantes: en su punto más alto, la curva revela una producción anual de 1 417 000 arrobas de vino en los tres valles. La bebida, transformada en su mayor parte en aguardiente, se repartía en un área que iba desde Cuzco hasta Potosí y abastecía centros mineros, ciudades e incluso espacios rurales. Se trataba de una distribución que se desplegaba como un abanico por todo el espacio del sur andino, lo que implica, necesariamente, que la red de intercambios articulaba rutas intermedias y redes locales de abastecimiento.³⁰

²⁹ Se trata de las tazmías, relaciones que los agentes encargados del cobro del diezmo elaboraban para determinar el monto del impuesto que debían honrar anualmente los agricultores. Con ellas es posible acceder a información confiable referida a la producción, pues se trata de un censo en el que cada hacendado declara, bajo juramento ante notario público, todo lo que sus tierras han producido en un año. Para mayor detalle respecto al tratamiento de estas fuentes, véase *ibid.*, pp. 47-52.

³⁰ A pedido del Tribunal del Consulado de Lima, el comerciante y hacendado español Mateo de Cossío elaboró un informe sobre la economía arequipeña. En él se señalan los diversos destinos de las bebidas arequipeñas. El informe fue publicado por Pablo Macera y Felipe Márquez Abanto, “Informaciones geográficas del Perú colonial”, *Revista del Archivo Nacional del Perú*, vol. 28 (1964).

Porque, además, en razón a su especialización, los valles vitícolas también requerían abastecimiento. Los diezmos permiten distinguir no sólo que la viticultura llegó a representar más de 40% del valor total de la agricultura arequipeña, sino también el grado de concentración de la actividad vitícola en los valles especializados, gracias a que en estos casos las autoridades eclesiásticas organizaron el cobro del diezmo distinguiendo entre el diezmo del vino y el del resto de su producción, al que llamaron “menudos”. De este modo, es posible constatar que, en el caso de Vitor y Majes, la renta del diezmo correspondiente a la producción de vino valía entre diez y quince veces más que la suma obtenida con el remate del resto de su agricultura, diferencia que es aún más grande en el caso de Moquegua, donde la misma podía alcanzar una relación de veinte a uno.³¹ Este grado de concentración convierte al sector en un polo de demanda, anima los intercambios intrarregionales y propicia el crecimiento de la economía en la escala local.

Crisis, desestructuración y declive

A partir de 1816, la producción de vino en los valles de Arequipa sufrió una serie de fuertes contracciones hasta la virtual desaparición de la actividad. Conforme se advirtió, en el plazo de tres décadas la producción de vino cayó en una proporción de 76%.³²

La pregunta es, naturalmente, ¿por qué? Para intentar responder este interrogante es preciso recordar lo dicho con respecto a que la fortaleza de la viticultura arequipeña durante el periodo colonial reposaba en la demanda y en la salud del mercado andino. Esta ecuación explica tanto el surgimiento de la actividad vitícola y su intensificación como la capacidad de recuperación mostrada luego de la erupción del Huaynaputina en 1600. De hecho, tal como se observa en los gráficos que acompañan este texto, a lo largo de la muestra se registra la frecuente incidencia de severas coyunturas contractivas antes de 1816, mismas que fueron superadas.

La salud de los mercados y de la demanda explica la capacidad de recuperación de la viticultura arequipeña. Y su inestabilidad, lo contrario. En efecto, en la primera mitad del siglo XIX el Virreinato del Perú estaba en guerra contra los intentos de los revolucionarios independentistas por ocupar el Alto Perú, que fueron reprimidos

³¹ Buller, *Vinos, aguardiente y mercado* [n. 26], p. 33.

³² *Ibid.*, p. 167.

militarmente. Además, en 1814 se inició un nuevo levantamiento en el Cuzco, ocasión en la que la ciudad de Arequipa se vio ocupada por los rebeldes. Luego, en 1821 cayó Lima y se proclamó la independencia de Perú, y luego se llevaron a cabo sucesivas campañas bélicas (dos de ellas en Moquegua) para terminar de liquidar lo que quedaba del ejército virreinal.

Estamos ante una década de inestabilidad y disturbios. Pero eso no es todo. La situación empeoró. Por un lado, el espacio de circulación estaba quebrado. La creación de Bolivia colocó los mercados del otro lado de una frontera que tuvo arrebatos proteccionistas muy fuertes. Por otro, los conflictos en la antigua zona de intercambios, tanto internos como internacionales, proliferaron a lo largo de todo el siglo XIX. También debemos considerar la expansión del consumo de aguardiente de caña, mucho más barato que el de uva, que arrinconó a los productores de los valles arequipeños y que está detrás de una caída de precios del orden de 50%. Finalmente, no debe pasarse por alto el reordenamiento estructural de la economía peruana llevado a cabo a partir de los primeros años de la república, que implicó el traslado de su eje de gravedad de la sierra a la costa y el abandono del espacio interno.³³

Obviamente, todo esto implica la desarticulación del mercado andino colonial. La lógica sistémica que propició la emergencia de la viticultura arequipeña como una actividad intensiva y que la protegió de las sucesivas crisis que enfrentó se había esfumado. Con sus productos devaluados y sin mercados, los viticultores arequipeños, sobre quienes pesaban hipotecas y enormes deudas derivadas de los censos y las capellanías, sucumbieron.

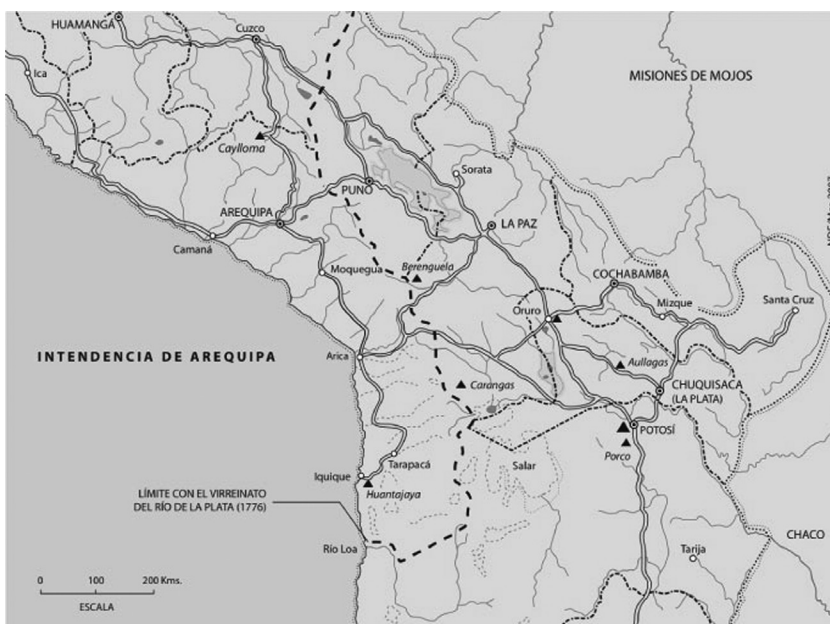
Un hacendado moqueguano resume este lamentable cuadro en el que alude a “esos vecinos criados todos en la grandeza y prosperidad de sus venturosos mayores” que en las nuevas circunstancias “no pueden contar con un solo año de desahogo por la vileza del precio de sus frutos”. Por ello, “algunos fundos se han dividido [y] otros se han reunido en una sola mano”, y añade que “ni los poseedores de éstos ni los de aquéllos mejoran la agonizante situación a que los han reducido las peripecias de los veintiocho años que van transcurridos desde la independencia del alto-Perú”.

³³ Peter Flindell Klarén, *Peru: society and nationhood in the Andes*, Nueva York, Oxford University Press, 2000, p. 136.

Concluye que “Moquegua actualmente no es ni su sombra, y esta súbita transición se ha operado en una misma generación”.³⁴

Anexos

Arequipa y el sur andino (siglo XVIII)

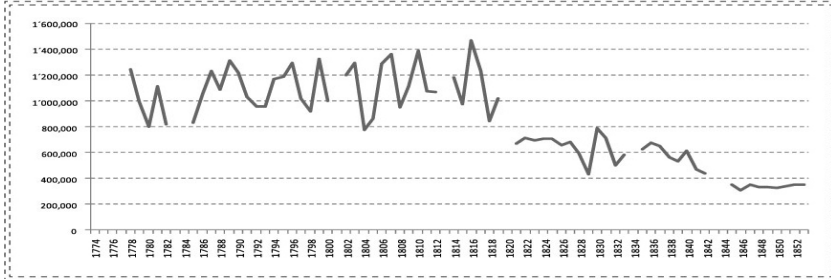


Fuente: Carlos Buller, *Vinos, aguardiente y mercado: auge y declive de la economía del vino en los valles de Arequipa (1770-1850)*, Lima, Quellca, 2011, p. 257.

³⁴ Tomás Dávila, *Medios que se proponen al actual Congreso Constitucional del Perú, y al Gobierno Supremo, para salvar de su total destrucción la casi arruinada agricultura de la importante Provincia de Moquegua*, Arequipa, Imprenta de Francisco Ibáñez y Hermanos, 1853, p. 53.

Gráfico 1

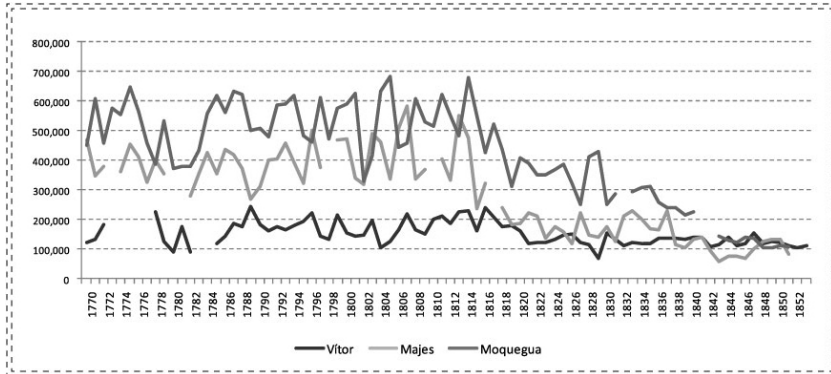
Producción de vino en los tres valles 1774-1853 (arrobas)



Fuente: Buller, *op. cit.*, p. 143.

Gráfico 2

Producción de vino en Vitor, Majes y Moquegua 1770-1853 (arrobas)



Fuente: Buller, *op. cit.*, p. 144.

RESUMEN

Durante el periodo colonial, en los valles de la costa sur del Perú floreció una viticultura intensiva. Este artículo muestra el desarrollo de este sector en la región de Arequipa y su temprana articulación a las estructuras de comercio e intercambio que se formaron en torno de la demanda minera. Se establece así una correspondencia directa entre la prosperidad de la viticultura arequipeña y la salud del mercado andino colonial, relación que persiste hasta la independencia sudamericana. Este trabajo se sustenta en una investigación realizada con base en los registros del diezmo del Archivo Arzobispal de Arequipa que fue presentada como tesis doctoral en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París.

Palabras clave: historia socioeconómica de Perú siglos XVIII y XIX, viticultura, minería.

ABSTRACT

During the colonial period, an intensive viticulture flourished in the valleys of the south coast of Peru. This article reveals the development of this sector in the region of Arequipa, and its early articulation with the structures of trade and exchange that emerged around the mining demand. A direct correspondence between the prosperity of viticulture in Arequipa and the health of the colonial Andean market is established, a relationship that persisted through South American independence. This article is based on research based on the tithe records of the Archiepiscopal Archive of Arequipa, which was submitted as a doctoral thesis at the École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris.

Key words: Peru 18th and 19th century economic history, viticulture, mining.